

**ACTO DE HOMENAJE A LA OBRA DEL COMITE DE COOPERACIÓN PARA LA PAZ EN CHILE 4 DE
OCTUBRE 2023 A 50 AÑOS DE SU CREACIÓN**

UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

Luisa Victoria Baeza, 4 de octubre 2023

Estimados Señor Rector, padre Eduardo Silva, equipo organizador, amigos Boris Hau, Pedro Milos y muy especialmente al padre Pablo Walker, con quienes hemos tenido la oportunidad de compartir este hermoso viaje de recorrer la memoria de esta obra llamada "Comité Pro- Paz".

Con mucho cariño saludo a mis queridos compañeras y compañeros de esta tremenda obra por la Paz.

A los docentes de la Universidad que nos acompañan y alumnos de esta casa de estudios.

Este homenaje se viene preparando hace mucho tiempo y con mucho cariño por parte de ustedes, invitándonos a distintos compañeros y compañeras que fueron, fuimos protagonistas de una tarea, para rescatar de este modo la esencia de un compromiso que permitió aliviar el dolor de tantos y tantas, que se ha plasmado en el Mural que hoy se inaugura.

Me han pedido que dé mi visión, como una trabajadora de lo vivido en el Comité Pro Paz; espero recoger este desafío lo mejor posible.

Lo primero que me surgió fue destacar el nombre "Pro paz" ¿de dónde surge su nominación?, tan pertinente para un organismo que se crea tan oportunamente. Fueron tan visionarios, frente a una realidad aberrante, que se vivía en el país.

Esta además describir aquí, las atrocidades que se conocían desde el primer día del golpe militar, la significación del quiebre de la convivencia democrática, los proyectos de vida de algunos, destrozados; los sueños de muchos, aniquilados; las esperanzas de un pueblo, destruidas.

Era necesario levantar un espacio de PAZ, para tantos y tantas, cuya existencia vital no encontraba un lugar donde recomponer la fuerza para seguir buscando, para rearmar un proyecto de vida que le diera sentido a la existencia. Por eso tan rápidamente corrió la voz de un lugar donde recibir ayuda asistencial, legal y espiritual. Sumada a la audacia, de una inserción en los diarios capitalinos "ofreciendo asesoría gratuita en casos de conflictos laborales o penales".

Por eso, la multitud de personas que subían por esas escaleras del Arzobispado, no dando abasto para atender a tantas familias que recurrían en busca auxilio.

Fueron los primeros voluntarios y voluntarias que, lucidamente, le dieron proyección a una urgencia, y sin amilanarse, por el contrario, forjaron una institución que encarnó la "solidaridad" y dio la impronta de cómo enfrentar una situación de crisis vital.

Aquí, entre nosotros y nosotras, quisiera recordar esos primeros momentos, a pocos días del golpe militar, reconociendo a nuestra querida Daniela Sánchez, quien lo vivió directa e intensamente, que partió en este lugar, en una acción de urgencia, exigencia ética, junto nuestro querido Mario Ossandón, quien fue -según yo- un "gestor de utopías", un homenaje a él que nos dejó hace tan poco tiempo. Ellos acudieron a prestar sus servicios, colaborando con el gran inspirador de esta obra el Cardenal Raúl Silva Henríquez que, junto a Don Fernando Ariztia, tuvieron la "osadía" de confrontar al régimen dictatorial, promulgándose el decreto Arzobispal 158-73 que crea una "comisión especial" convocando a las iglesias a ser parte, agregando el valor de constituir un organismo Ecuménico.

Por cierto, un saludo cariñoso al padre Fernando Salas, su primer secretario ejecutivo.

En estos días hemos conocido relatos maravillosos del trabajo que se realizó en el comité, a través de lo escrito por nuestros compañeros y compañeras de ruta, Isabel Undurraga, Jaime Esponda, Álvaro Varela, María Luisa Sepúlveda. También hemos escuchado a nuestra querida Gloria Cruz en la Moneda. Y sabemos de muchos otros estudiosos de esta universidad y otras que han investigado lo realizado, de cómo se enfrentaron las atrocidades que se conocían, contribuyendo a recuperar la Memoria. Pronto se realizará un seminario del comité y se los agradecemos; sabemos lo importante de transmitir esta experiencia.

Hoy a 50 años de aquellos oscuros días, quisiera destacar como las iglesias se comprometieron frente a esa realidad que nos dejaba atónitos ¿cuánta organización había para que, en un día, se dispusiera de los cuarteles militares, carabineros, la armada; con que prontitud habilitaron los lugares de detención masivos, ejecuciones sumarias, ¿caravanas de la muerte? Nos sorprendimos de la capacidad de disponer de listados de exonerados y exoneradas, los y las expulsados, los perseguidos; contar con los jefes de guarnición, tan impetuoso de asumir tareas de represión y con aplicación de tortura y sofisticadas formas de control social.

¿Cuánta rabia acumulada? ¿Tanto temor a un pueblo para aniquilarlo?

¿Tanta ambición como para someter a un país a la barbarie?

Al poco andar, le pusimos nombre a esa capacidad operativa "doctrina de seguridad Nacional" se habían preparado en la Escuela de las Américas en Panamá, por varias generaciones.

Para los angustiados y perseguidos, con sus destrozadas vidas, llegar hasta estas sencillas oficinas, en Erasmo Escala y luego a Santa Mónica, era el reencuentro con la humanidad, con la empatía a un dolor inconmensurable, que se vivía afuera, que se respiraba en las calles, en los espacios de trabajo, en las instituciones públicas y privadas.

Por eso el Comité Pro Paz fue y sigue estando en la memoria, como un espacio Ecuménico, en todo el sentido de la palabra, no solo por su representación de las iglesias chilenas, sino también por aquello que es universal, que abarca a todos, sin discriminación.

Fue desde estas oficinas, aquí en Erasmo Escala, que se marcó el rumbo de lo que se debía hacer: Las víctimas de los atropellos solicitaban caridad -quizás ya eso era bastante- se respondió entregando dignidad en sus derechos.

Se buscaba apoyo, -se proporcionó- pero eso no bastaba, se acompañó en el camino áspero que debían recorrer buscando respuestas; se reclamaba clemencia, -pero no era suficiente- se exigió justicia y se recurrió a todas las instancias legales, administrativas, internacionales, y judiciales posible.

El comité Pro Paz, funcionó aquí hasta diciembre de 1973, meses cruciales para responder a la urgencia humanitaria. Es aquí donde se enfrenta con energía, voluntad y creatividad los diversos requerimientos, este lugar acogió esa tremenda tarea, era tanta la demanda, que ya no era posible seguir por la estrechez, era necesario un espacio que permitiera acoger y desarrollar el trabajo, reubicándose en calle Santa Mónica, local del Movimiento Familiar, ampliando su tarea, dando forma y estructura a la institución que perdura en el corazón de los chilenos, reconociéndose como un espacio de acogida, acompañamiento y protección frente a un Estado que conculcaba todos los derechos humanos.

Allí se constituyen equipos de abogados y abogadas, asistentes sociales, religiosos, administrativos, periodistas y otros profesionales. (Quiero saludar muy especialmente a las colegas asistentes Sociales, los nombres de Daniela, María Luisa, Ximena; Eliana, Norma, y tantos otros de las que aprendí tanto, sé que dejó fuera un montón, pero sus nombres están recogidos en el listado).

Se formó un equipo heterogéneo, con formación diversa, disímiles experiencias, edades, historias de militancias, situaciones represivas, o simplemente concurren algunos por la indignación de lo que ocurría. Y salieron a defender en los consejos de guerra, y salieron a acompañar a la morgue donde se encontraban con cientos de cuerpos destrozados, salieron a visitar los campos de detenidos y fueron a las fábricas a recobrar libretas de seguros para cobrar los derechos de los trabajadores. Y se buscó lugares donde fueran acogidas las personas cuyas vidas corrían peligro. Se dio asesoría a los miles de estudiantes expulsados de las universidades, intervenidas desde el inicio del régimen. Se dio un impulso a la creación de fuentes de trabajo, se atendió las necesidades en salud, y saciar el hambre de los niños y niñas y su familia, se hizo todo cuanto era posible para responder a los múltiples requerimientos. Y desde entonces se pensó en la necesidad de dejar registro de lo que se denunciaba, en archivos bien guardados. La tarea se extendió a provincia, comenzándose a coordinar acciones con las noticias represivas de regiones. Así surgió la colaboración y comunicación con distintas iglesias que también apoyaban a la gente, con los pocos recursos y muchas veces sin saber mucho cómo responder, pero ahí se estaba.

Se hicieron acciones para comunicar las violaciones a organismos internacionales y no se escatimaron esfuerzos por exigir al poder judicial que no fuera obsecuente con el gobierno de facto.

En ese espacio, nos fuimos reconociendo, allí fuimos aprendiendo, allí nos fuimos fortaleciendo, ahí, nos reuníamos alrededor de una colación, mientras se conversaba lo que iba ocurriendo con las distintas situaciones que escuchábamos, testimonios que hasta hoy nos conmueven. Compartíamos

las respuestas de los Tribunales, escuchábamos lo que debían enfrentar las víctimas en los tribunales militares por los consejos de guerra. Íbamos conociendo de los lugares de detención “oficiales” y aprendiendo de la existencia de lugares clandestinos. Fue necesario frecuentar la Morgue, en busca de aquellos que no estaban en los lugares públicos, porque hasta ese entonces, no conocíamos el término “detenido Desaparecido”. no era comprensible una política de exterminio total. Se presentan recurso de amparo masivo, denunciando lo sistemático de la política represiva.

Fuimos conociendo de cómo los equipos represores operaban, se organizaban, se fortalecían, se fue dilucidando los métodos de detención usados por los agentes de la policía secreta. Los montajes como respuesta a las denuncias, como fue las listas de 119 víctimas de la desaparición forzada. Conocimos el nombre de la DINA y sus métodos, el despotismo y crueldad.

Así frente a la impúdica actuación de un Estado represor, se levantaba y valoraba con más fuerza aún, la organización de las víctimas de los atropellos, apoyar y fortalecer el rol de los afectados, fue una tarea permanente. Para los trabajadores sociales, los religiosos y todos los que ahí trabajábamos, no alcanzaba con lo que los profesionales podíamos hacer; siempre consideramos necesario la participación de quienes de eran violados en sus derechos, era necesario empoderarlos en la legitimidad de sus denuncias.

Durante ese tiempo nos fuimos formando en la doctrina de Derechos Humanos, que nos daba el fundamento para sostenernos en esta difícil tarea, de David contra Goliat. Nos fortalecimos y valoramos la Carta Pastoral, que formula las bases doctrinales de la Solidaridad. Conocimos el compromiso de los Organismos internacionales y los esfuerzos por intervenir para impedir que continuara la represión, conocimos las prohibiciones para ingresar al país, impidiendo constatar las denuncias.

Mientras compartíamos, la merienda de un pan, con dulce de membrillo, la vida nuestra transcurría, a pesar de la muerte. También surgía la esperanza. Fue un tiempo en que nacieron algunos de nuestros hijos. Allí también se manifestó el amor, se formaron parejas que perduran hasta el día de hoy. Pero conocimos el dolor de nuestros compañeros detenidos, aquellos que sufrieron la tortura, fuimos dejando de ver a algunos y algunas que debieron irse al exilio, saber que muchas iban perdiendo a sus propios familiares, conocimos de amenazas y cesantía de familiares. Así creció entre nosotros la solidaridad. Así fuimos postergando nuestras propias pérdidas y miedos. Nos fortalecimos entre nosotros y nosotras, así nos protegíamos sin que nos amedrentara la violencia represiva, quizás un poco atrevidos o inconscientes de la capacidad de la dictadura. No había espacio para cálculos políticos, de conveniencia de hacer o no hacer alguna acción, todo era urgente, apremiante.

Si se piensa a distancia, fueron un poco más de dos años, desde octubre de 1973 a diciembre 1975. Sin embargo, su quehacer, su prontitud en dar respuesta, su valentía para denunciar, su visión para apoyar a las familias, en la búsqueda, en la defensa, en calmar el hambre, en dar respuesta a las necesidades, es lo que la hace imperecedera la tarea del Comité Pro Paz.

Todos recordamos ese día en que nos reunieron para comunicarnos la exigencia del Dictador, una carta insolente llena de amenazas en una parte dice “invocando su buena comprensión, es que estimo de toda conveniencia se adopten las medidas pertinentes...” El Cardenal las adopto, dando inicio a la Vicaria de la Solidaridad, continuadora del Comité Pro Paz, y una tarea que pensamos seria transitoria se prolongó por más de 17 años.

En estos 50 años se han recordado episodios que nos tocó vivir y que persistirán por siempre para la generación que sufrimos directamente aquellos años de dictadura y que por cierto va más allá, es transgeneracional. Por eso y por la responsabilidad que tenemos de traspasar nuestra memoria y la memoria del pueblo de Chile a las nuevas generaciones, por un “Nunca más” de verdad, que haga carne en la conciencia del conjunto de la sociedad, es que nos debemos el compromiso de educar en la doctrina de los Derechos Humanos, que lo vivido cobre sentido y nuestro aprendizaje, sea la semilla para la construcción de una sociedad justa y para todos y todas.

Quizás el desafío hoy es un Nuevo Comité Pro Paz que Denuncie: la violencia, la desprotección, la vulnerabilidad, la discriminación.

Que anuncie: que los Derechos Humanos son universales, los míos y de quien puede ser adversario.

Que nos eduque en derechos humanos, en un sentido histórico político, no solo normativo jurídico.

Que nos enseñe que los derechos humanos conllevan responsabilidades, que para la construcción de una sociedad justa todos tenemos que sentir que somos sujetos de derechos, también deberes con los otros.